



Al cerrar el Jubileo de la Esperanza, en este domingo dentro de la

octava de la Navidad, la Iglesia no nos entrega un balance de actividades, sino una imagen para guardar en el corazón: la Sagrada Familia.

No es un ideal lejano ni una escena detenida en el pasado; es un signo vivo, humilde y silencioso, donde Dios anticipa —de manera real aunque todavía velada— lo que será la plenitud de su Reino. Así acontece cada amanecer: la luz que despunta en el horizonte, nos va mostrando el sol que ilumina hasta llegar a la plenitud del mediodía. En Nazaret ya asoma, a modo de precioso regalo, lo que un día será para todos.

Contemplemos y saboreemos

José trabaja en el silencio fiel. María custodia la Palabra y la deja crecer en su interior. Jesús obedece, aprende, crece. Nada extraordinario a los ojos del mundo; todo decisivo a los ojos de Dios. En esta vida escondida, Dios adelanta su futuro: la comunión reconciliada, la obediencia que libera, el amor que se dona sin ruido. La Sagrada Familia es sacramento doméstico del Reino de los cielos: no lo explica, lo hace presente.

Por eso, al concluir el Jubileo, la Iglesia no cierra una puerta: entra en una casa. La casa de Nazaret nos enseña que la santidad no comienza en lo grandioso, sino en lo cotidiano ofrecido. Allí el Reino no irrumpe con estruendo; madura. Lo eterno se deja tocar por el tiempo; el cielo aprende el

lenguaje de la tierra. Ya está aquí lo que esperamos, aunque todavía no lo veamos del todo.

Esta anticipación no anestesia la esperanza; la afina. Sabemos que aún caminamos entre sombras, pero también sabemos hacia dónde. La familia de Nazaret no elimina la cruz; la prepara con amor. El Hijo que aprende a obedecer será el que entregue su vida; la Madre que guarda en el corazón sostendrá la noche del dolor; el Padre justo que protege en silencio enseñará a confiar cuando no hay certezas. En Nazaret se ensaya el Evangelio que salvará al mundo.

Cerrar el Jubileo mirando a la Sagrada Familia es aprender a vivir jubilarmente cada día:



reconciliar, custodiar, esperar. Es creer que nuestras familias —con sus fragilidades—

pueden ser anticipos del Reino cuando

acogen la Palabra, cuando el perdón se transforma en comienzo, cuando el trabajo se vuelve ofrenda y la mesa, comunión. No es perfección; es presencia.

Hemos de volver a casa con esta certeza: Dios ya ha empezado en nosotros lo que un día culminará en plenitud gozosa. Como en Nazaret, lo eterno se nos confía en lo pequeño. Guardemos esta imagen y caminemos. El Jubileo se cierra; la esperanza permanece, porque en la Sagrada Familia el futuro de Dios ya ha entrado en nuestra historia.

Contemplar para transformar

Este Jubileo nos ha invitado a mirar más

profundamente. Y hoy, ante la Sagrada Familia, comprendemos que la contemplación no nos aleja del mundo, sino que nos devuelve a él con un corazón renovado. Contemplar a Jesús en brazos de María, bajo la mirada de José, es aprender que Dios se hace cercano, que la salvación tiene rostro, y la gracia del cielo un hogar.

Como reza una antigua antífona: ***“O admirabile commercium: el Creador del género humano, tomando cuerpo y alma, nació de una Virgen y, hecho hombre sin concurso de varón, nos hace partícipes de su divinidad.”*** Este es el intercambio que transforma la historia: Dios toma nuestra carne para darnos su vida.

Conclusión



Al clausurar este Jubileo, la Sagrada Familia nos regale un corazón nuevo:

Capaz de escuchar como José, de guardar como María, de crecer como Jesús.

Y que nuestras familias, nuestras comunidades y nuestra Iglesia sean verdaderos hogares, donde Dios pueda seguir naciendo, donde la humanidad pueda seguir aprendiendo a amar, donde la Navidad se renueve en el quehacer de cada día.



Orando con los Salmos



Salmo 128

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien;
tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa:
ésta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida;
que veas a los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel!

En la fiesta de la Sagrada Familia, la liturgia pone en
nuestros labios el Salmo 128 (127): uno de los
cánticos de las subidas, rezados por los peregrinos que
ascendían a Jerusalén. No es un salmo teórico, sino
vivido, nacido de la experiencia concreta del pueblo,
donde la fe se transmitía en la casa, en la mesa y en el
trabajo cotidiano. Surge en un Israel marcado por la
reconstrucción tras el exilio.

El pueblo ha comprendido que la verdadera
prosperidad no viene del poder ni de la riqueza, sino de
vivir según la alianza con Dios. Por eso comienza con
una bienaventuranza: «Dichoso el que teme al Señor y
sigue sus caminos». El “temor del Señor” no es miedo,
sino confianza reverente, conciencia de vivir ante el
Altísimo. En ese contexto, la familia aparece como el
primer espacio donde se encarna la bendición: el

trabajo que da fruto, la esposa fecunda, los hijos
alrededor de la mesa. No es una imagen idealizada, sino
una confesión de fe: Dios bendice la vida ordinaria
cuando se vive en alianza con Él.

1. La mesa familiar: lugar de bendición



El salmo
presenta una escena
profunda- mente
humana y espiri- tual:
«Tu mujer, como parra
fecunda en medio de tu
casa; tus hijos, como

brotos de olivo alrededor de tu mesa». En esta imagen se
nos ofrece una catequesis silenciosa. San Juan
Crisóstomo afirma que la mesa familiar es el primer
altar, donde se aprende la gratitud, la paciencia y la
comuni3n. Allí se educa el corazón para reconocer que
todo es don. El salmo no habla de éxitos espectaculares,
sino de fecundidad silenciosa, la misma que caracteriza a
Nazaret.

2. Trabajo y esperanza: el pan de las propias manos

«Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te
irá bien». San Ambrosio subraya que el pan ganado con
esfuerzo honesto es fuente de paz interior, porque libera
de la avidez y enseña la medida justa. Este versículo
alcanza su plena luz: el Hijo de Dios quiso ser alimentado
por el trabajo de un hombre justo.

3. La bendición que viene de Sión

Culmina elevando la mirada: «El Señor te bendiga
desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos
los días de tu vida». La familia creyente es bendecida
para bendecir, sostenida para edificar el pueblo de Dios.
De este modo se nos recuerda que la santidad no
empieza en lo extraordinario, sino en la fidelidad diaria:
en el trabajo honrado, en la mesa compartida, en la
paciencia mutua, en la oración sencilla.

EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL
DE OVIEDO



28 de diciembre 2025



Sagrada Familia

**Dios habita lo cotidiano, y el Reino se adelanta
en el amor que une, en la fe que sostiene, y en
la esperanza que crece en cada hogar.**